

Basta con asomarse unos minutos a cualquier red social como Facebook, o un sistema de mensajería instantánea como Messenger, para intuir que el retrato y autorretrato han reclamado un espacio central en la fotografía a través de los avatares. Al mismo tiempo, frente a ese universo inabarcable de rostros, es difícil no percibir un terreno fértil para la ficción donde, en un momento u otro, casi todos representamos alguna fantasía. Un gesto glamoroso, un escenario incidental o un juego de luces expresionistas nos transforman en el personaje protagónico de nuestras esperanzas o temores. Es como si la fotografía misma se mofara del valor testimonial que muchos le han impuesto y exigiera, con la complicidad de avatares imaginativos, una libertad por mucho tiempo postergada.

Es fácil olvidar que la historia de este medio fue propicio a tales paradojas desde sus orígenes: ya en 1840, Hippolyte Bayard ejecutó su autorretrato como ahogado, y al reverso denunciaba que su suicidio era producto del poco apoyo económico recibido por parte del gobierno francés, a pesar de su descubrimiento de un proceso fotográfico equivalente, y previo, al de Daguerre. Tal vez mostrar su cadáver abandonado en esa primera escenificación fotográfica fue lo que le dio la tranquilidad para vivir 37 años más, y le permitió poner en evidencia la fragilidad de la imagen como testimonio. Por otra parte, también se puede argumentar que esa foto representó de manera profundamente veraz su estado anímico.

Espejos de un rostro: doppelganger y alter egos

Escrito por Alejandro Malo



Espejos de un rostro: doppelganger y alter egos

Escrito por Alejandro Malo

